

En un cuarto se guarecen,
 Del fondo de aquella estancia.
 Se oye el marchar de la tropa,
 Ya se acercan las pisadas,
 Los prisioneros tras muebles
 Y tras puertas se resguardan,
 Quedando sólo en el quicio
 De la puerta entrecerrada,
 Juárez de pie y sin moverse
 Como de mármol estatua,
 Y Prieto también inmóvil,
 Sobresaliendo á su espalda.
 La tropa detiene el curso
 Y frente á Juárez se para,
 ¡Alto! ronco grita el jefe,
 Y hay un silencio que espanta;
 En semicírculo entonces
 La tropa forma una valla
 Y quedaron los tres jefes,
 Cuidando la retaguardia.
 — Presenten, preparen.....ar.....
 Apunten.....y al decir fuego
 Prieto á Juárez se adelanta
 Cubriéndole con su cuerpo
 Y ciego de horror exclama:
 ¡¡Los valientes no asesinan!!
 ¡¡Eh!!.....levantad esas armas
 Y habló.....y habló.....con vehemencia
 Sin recordar las palabras,
 Que son tan sólo pretextos
 Si de veras habla el alma.
 Atónitos oyen todos,
 La tropa las armas alza,
 Y de los nobles soldados
 Se vieron correr las lágrimas,
 La formación destruyendo
 En marcha desordenada.
 Juárez, Ocampo y los presos
 En tropel á Prieto abrazan,
 Que se sentía gigante,
 Y de cierto no era nada
 Sino un.....oscuro instrumento
 Con que Dios salvó á la Patria.

Agosto 17 de 1896.

ROMANCE DE L. VALLE
 Y LA FAMILIA ENFERMA.

Más que mediado está Marzo,
 Y tras lances horriblosos,
 Que pintaré en un romance
 Y que merecen un tomo,
 Salen de Guadalajara,
 Que Landa ocupa sañoso,
 Juárez con algunos suyos
 Y con un piquete corto,
 Residuo de Salamanca,
 Que manda Iniestra orgulloso
 Y á quien *Ignacio Escudero*,
 Secunda del mejor modo.
 Son apenas setenta hombres,
 Y de México son todos;
 Allí va *Melchor Ocampo*
 Chata nariz, ancho rostro,
 Pelo para atrás tendido,
 Boca grande, ardientes ojos,
 Estudiando si unas yerbas
 Son mimosas ó heliotropos;
 Y va allí *Santos Degollado*
 De casi femenil rostro,
 Muy menudas las facciones,
 Y tras azules anteojos
 Hundidos los ojos negros
 Pequeños y recelosos;
 Va bien montado ginete
 Lo mismo fuera en un potro.
 Pues aquella blanca mano,

Recuerdo del sacerdocio,
 Lo mismo empuña la espada
 Que doma al valiente toro.
 Allí van grupos de empleados
 De Tenoxtitlán despojos
 Que en caballos cual violines
 Andan en todos los tonos,
 A colegiales alegres
 Remedando con su holgorio.
 El guapo *Manuel Mateos*
 Es quien dirige los coros,
 Allí marcha el que esto escribe,
 En un rocín gravidoso,
 Con más resabios que suegra,
 Con más caprichos que un tonto,
 Y al fin, entre todos grita
 Y quiere organizar todo,
Vallecito, encaramado
 En un caballo estrambótico,
 Cabriolas haciendo á cientos
 Y un ruido de los demonios,
 Hemos llegado á Santa Ana
 Acatlán, y presurosos
 Corren á buscar posada,
 Y en un mesón se entran todos
 Está el pueblo de Santa Ana
 De su fealdad vergonzoso,
 Como un mastín acostado
 Tras de correr por el lodo.
 A la sombra de unos montes
 Que en semicírculo tosco,
 Son lobanillo y berruga,
 Sobre del valle espacioso
 Disparatados jacales
 De la loma á trechos cortos
 Asoman como unos changos
 De árbol caído sobre el tronco,
 Y blanquean unas casas
 Entre los peñascos toscos,
 Como cabras esparcidas
 Sobre terrenos montuosos;
 La capilla con su torre
 Y con su exiguo cimborrio,
 Está del mesón al frente
 Que del declive en el fondo

Parece que está escondido,
 Y saluda con mal modo
 Al viajero desdichado
 Que pasa por los contornos;
 O parece que colinas
 Y casas y pueblos todos
 Están viendo desde lo alto
 A un bicho dentro de un pozo,
 Pues le domina lo mismo,
 A burlones ó curiosos.
 Apenas llegado hubimos
 Cuando una nube de polvo
 Obscureció el horizonte,
 Y al grito de ¡son los *mochos*!
 Se prepara la defensa
 Con menos temor que encono.
 Es Landa, que arrepentido
 Vuelve á nosotros furioso
 De Guadalajara el pacto
 Allí declarado roto,
 Que en cinco tantos su fuerza
 Es superior á nosotros.....

II

Era el mesón maldecido
 Una trampa sin salida,
 Con más parches y remiendos
 Que de cesante levita.
 El soportal, de una abuela
 Recordaba las encías
 Según los solos pilares
 Y las carcomidas vigas.
 Era de sucios adobes
 Una indecente parrilla
 Y en su cuadra oscuros cuartos
 Y negras caballerizas,
 Coronan nuestros valientes
 Las tapias y citarillas
 La puerta junto de Iniestra,
Santos Degollado cuida,
 Bravo desafiando el fuego
 Que en esa puerta llovía;
 Bajo el portal está Juárez,
 Cual siempre, con faz tranquila;

Guzmán, Ruiz, Ocampo, Prieto
 En serena compañía;
 Y unos empleados inertes
 Porque de armas carecían;
 En un ángulo del patio
 Que atravesaba una viga
 Que en la azotea descansa
 Cabalga, lleno de risa,
 Con los pies colgando al aire,
Valle que al combate activa.
 Hay granizada de balas,
 Hay horrorosa porfía,
 Hay intencionadas burladas,
 Forman huracán las iras,
 Hay para nuestros valientes
 Muerte ó terribles heridas,
 Y hay acciones temerarias
 De *Degollado*, que afirman
 A los que también defienden
 Con su heroísmo nuestras vidas.
 Y en lo alto del edificio
 Valle, alienta, manda, tira,
 Cura heridos, baja al patio,
 Suelta donaires y risas
 Y ardiente, confiado y grande,
 Doquiera se multiplica.
 Mirad al *pelón* airoso,
 Pálido de frente altiva,
 Ojos verdes y expresivos,
 Y al reirse descubría
 Un diente trunco entre perlas
 Que adornaban sus encías:
 De su puntiaguda barba
 Cuelgan de oro unas hebrillas;
 Hace de su fieltro dócil
 Una chistosa gorrita,
 Que allí donde se miraba
 Fuego de infierno encendía.....
 Lucha, canta, y la campaña
 Más horrorosa se agita;
 La noche se acerca á verla,
 El sol la vió á su salida;
 Está el mesón como fiera
 Cercada por la jauría.....
 Al fin la sombra da tregua

A la lucha fratricida
 Y hacen las tinieblas corte
 Al silencio que domina.

III

El mesón está cercado
 De fusil á medio tiro;
 Son nuestros muertos bastantes
 Y muchos nuestros heridos.....
 « ¡No hay parque! » gritan los unos;
 Los otros ¡somos perdidos!
 Cuando con pasos de gato
 Y cual sombra, á *Vallecito*
 Se le vió extinguiendo luces
 Sin dejar ningún resquicio.
 Y cumpliendo lo mandado
 Cautó y en hondo sigilo
 Ordena nuestra salida
 Por un callejón conspicuo
 Donde á cada paso un riesgo
 Y cada aliento un peligro
 Le forman muralla á Juárez
 Con los jefes y ministros,
 Deja insepultos los muertos
 Y sin curar los heridos,
 Poniendo al dolor un freno
 Y mordaza á los quejidos.
De la guerrilla de pluma
 Hacen vanguardia prolijo,
 Y la corriente de sombras
 Se embebe en fúnebre giro,
 En las espesas tinieblas
 Que envuelve el bosque vecino
 Así pasamos..... cual naves
 Los puestos del enemigo
 Que se hallaba sin aliento
 Por la batalla rendido.....

Qué obscuridad! la tiniebla
 Formaba muro macizo.
 No andaba, se deslizaba
 Ahogando á su paso el ruido
 Aquel grupo de fantasmas
 Que escapaba del abismo.

Adelante con sus guías,
 Valle caminaba listo.....
 Dirigiendo nuestros pasos.....
 Con un extraño silbido
 Que de lejos remedaba,
 El *ritornello* del grillo,
 De pronto..... creen percibirse
 Llamas en cercano sitio,
 Hace alto..... la comitiva
 Oyense..... confusos gritos
 Era la luz de la aurora
 Que derramaba sus visos
 En el lago de *Etipaque*
 Que es como los cielos lindo,
 Los caballos relinchaban,
 Los soldados daban brincos
 Sólo inmutable..... miramos
 A nuestro jefe, nuestro indio,
 Imagen de la esperanza
 Y vencedor del peligro.....
 Vamos á la Hacienda presto,
 Vamos al fandango, chicos,
 Repetía Leandro Valle
 Radiante de regocijo,
 Y bebamos y gocemos
 Que es día de San Benito.

GRANDE
 Y ENTRETENIDO ROMANCE

DE BONITAS MUDANZAS Y PESPUNTEOS.

I

En desairados rocines
 De esos de silla constante,
 Porque cuando están en pelo
 Temen se los lleve el aire;
 Sin ruido ni servidumbre,
 Ni maletas, ni equipaje,
 Salió de Guadalajara,
 Rumbo del Sur el gran Juárez;
 Y la comitiva escasa
 En tal tono de desastre,
 Con caras tan espantadas,
 Con tintes de penas graves,
 Que más parecían tropa
 De cómicos ambulantes,
 De los que unen á la farsa
 Las seriedades del hambre.
 Y el pueblo que es *muy indino*
 Pretendió que se llamase,
 Y llamó *familia enferma*,
 A los patriotas leales
 Que siguieron su caudillo
 Sin vacilar ni arredrarse.
 Entre tanto quedó Landa
 En la ciudad imperante
 Con ínfulas de gobierno,
 Con barberos y edecanes;

Mas la pompa inesperada
 Y su *auge* duró un instante,
 Que en San Pedro está Parrodi,
 Al frente de mil infantes,
 Y con imponente calma
 Se alista para el combate.
 Osollo sigue sus pasos,
 A Parrodi le da alcance,
 Y después de unos convenios
 Que Parrodi firma al calce,
 Osollo en Guadalajara
 Recibe honores triunfales
 En que entusiastas se lucen
 Los clérigos y los frailes.
 Deja Osollo á Casanova
 Para que en Jalisco mande,
 Y Casanova reviste
 Los fueros de Gobernante.

II

LOS GALLOS DE LA CHINACA.

Ogazón, que de Jalisco
 Representaba el Gobierno
 Legítimo, y que era de honra
 Y de virtudes modelo,
 Aparecióse en Sayula
 La Reforma defendiendo,
 Y le sigue denodado
 Intrépido Cruz Ahedo,
 Con Núñez y con Juan Rocha,
 Apellidado *el purero*.
 A la voz de sus valientes
 Se levantaron los pueblos,
 Y en breve nuestra bandera
 Alegre se alzó en el viento.
 Mas al pasar por Colima,
 Juárez con feliz acierto,
 Dejó á Degollado el mando
 Del Reformador ejército,
 De omnímodas facultades
 Su carácter invistiendo.
 Entonces de los patriotas
 Se renuevan los esfuerzos,

La sed de gloria y la audacia
 Generosas compitiendo.
 Llegan á engrosar las filas
 En sus *cuacos* los rancheros,
 Las hembras hacen cartuchos,
 Son infantes los labriegos,
 Y la esperanza derrama
 Sus rayos de oro en los cielos.
 Logra por fin Degollado
 Con su eficacia y su celo,
 Formar armado y valiente
 Un disciplinado ejército
 Y con él á Gualajara,
 Cerca, atrevido y resuelto.
 Casanova le esperaba
 Con cuantiosos elementos,
 Pero entorpecen su saña
 La insuficiencia y el miedo.
 Miramón que á Casanova
 Ve disgustado en aprieto,
 Vuela rápido en su auxilio,
 Con sus tropas de refresco
 Porque era esforzado, activo,
 Y en sus maniobras certero.
 Alza Degollado el campo,
 Miramón le sigue, ardiendo
 En ansia de derrotarle
 Con inquebrantable anhelo.
 En Atenquique se chocan
 Los enemigos ejércitos,
 Entre barrancas y peñas
 Y entre eruptos voladeros.
 Allí entre lluvia de balas
 Y tempestades de fuego
 De lo recio del combate
 Fueron testigos los muertos;
 Al fin cesó la batalla,
 Y al cesar quedó perplejo
 El destino, no sabiendo
 Vencedores quiénes fueron,
 Al quedar desierto el campo
 Lleno de rastros sangrientos.

Agosto 20 de 1896.